

El poeta que trabaja hasta muy tarde

Antonio Gamoneda reúne sus 57 años de poesía y reniega de la generación del 50

MIGUEL MORA, Madrid
Esta luz (poesía reunida, 1947-2004). Ese es el título del libro de casi 700 páginas que guarda dentro un tesoro: la obra fascinante y honda de Antonio Gamoneda, poeta "espectral, excéntrico" (para Miguel Casado), "provinciano" (según él mismo) y "que trabaja hasta muy tarde" (José Luis Pardo). Los tres presentaron ayer en la Residencia de Estudiantes este volumen editado por Nicanor Vélez para Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, ante el asombro del autor, que vino y volvió a León en autocar: "Ahí hay 57 años de trabajo. ¡Y ya no tengo ni un solo poema inédito!".

Gamoneda (Oviedo, 1931) festejó ayer con exquisita sobriedad y educación esta edición casi simultánea de toda su poesía reunida y el audiolibro *La voz de Antonio Gamoneda*, publicado por la Residencia a partir de la lectura que hizo allí el pasado 28 de junio. En el magnífico epílogo del poeta y crítico Miguel Casado para Círculo, que analiza en profundidad la obra, se narra también la apurada biografía de este genial autodidacta forzoso que no pudo acabar sus estudios porque en 1945, a los 14 años, entró a trabajar como recadero en una oficina del Banco Mercantil de León para ayudar a subsistir a su madre, viuda desde que él tenía un año.

Ahí se cuenta cómo Gamoneda aprendió a leer solo, a los cinco años, con el único libro que su madre había trasladado a su nueva casa: se titulaba *Otra más alta vida* y lo había escrito Antonio Gamoneda, su padre, poeta de un solo título. El "niño deslumbrado" por la música de ese libro descubrió entonces su verdadera vocación, pero debió compaginarla con su "condición obrera" durante los 24 años que duró su relación con el banco. "La categoría laboral de meritorio consistía en que, siendo propiamente el chico del botijo, se me permitía ejercer de pendolista contable en horas extra y se me pagaba en promesas", ha escrito el poeta, que luego fue funcionario de la Diputación y gerente de la Fundación Sierra-Pambley, una entidad institucionista nacida en



Antonio Gamoneda. / BERNARDO PÉREZ

1887 bajo la tutela de Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate y Manuel Bartolomé Cossío.

Esa vida de rojo de provincias en la hambruna de posguerra y de poeta hecho a sí mismo sin pasar por la Universidad ni los circuitos ni los cenáculos de los poetas poderosos, dijo Casado, se mete como una corriente subterránea y nutre toda la poesía de Gamoneda "como un extraño sistema de ecos y resonancias, de perturbaciones y luces".

Para José Luis Pardo, vida, luz y obra son el sello de un "trabajador, de un poeta capaz de rehacer y rehacer sin cesar" poemas de hace 30, 40 años: "Su esfuerzo no cesa ni siquiera cuando duerme, su poética del insomnio es como la naturaleza, no se

detiene de noche. ¿Y para qué tanto trabajo? ¿Para vivir? No. Su esfuerzo trata de alcanzar el 'gran árbol prometido', 'el moral de dulcísimos frutos negros' que cita en sus poemas recordando sus excursiones de niño. Pero en países como éste, un país de premios y de moras, un país sin verdad, algunos frutos sólo los recoge el fracaso; porque lo más importante sólo se gana perdiéndolo, porque hay cosas que sólo se poseen si realmente se aman. El esfuerzo de Gamoneda es noble y digno, y su claridad sin descanso no tiene precio, sino valor. Pero él sigue trabajando hasta muy tarde, y alcanzando el árbol prometido en los pedernales y las sombras consigue alimentarnos a los demás".

Esa vigilia constante, su "lenti-

tud al construir su voz poética" a base de "sustratos de memoria coagulada", su honradez y bondad, y el "sigilo morbos" que según Casado ha caracterizado la recepción crítica de las obras de Gamoneda (*La tierra y los labios*, *Sublevación inmóvil*, *Blues castellano*, *Pasión de la mirada*, *Descripción de la mentira*, *Lápidas*, *Libro del frío*, *Arden las pérdidas*, todos ellos retocados ahora), todo eso determina, además, su posición de francotirador solitario, de poeta comprometido sólo con el lenguaje, ajeno a zaramojos generacionales y/o mafiosas: "Yo soy sólo un hombre que escribe poesía", dice Gamoneda cuando se le pregunta por qué no se siente parte de la generación del 50. "He vivido retirado en León, y tengo amigos, pero no grupos ni asociaciones. Además, aunque quisiera, sería difícil que perteneciera a una generación que no existe, porque esa generación fue un invento muy hábil del inteligentísimo Gil de Biedma con algunas ayudas, una operación de marketing según él mismo confesó en una entrevista

"La poesía es un asunto que se resuelve en soledad. Al menos, yo"

ta. Sólo me queda añadir a eso que la poesía es un asunto que se resuelve en soledad. Al menos, yo".

Pero esa soledad, ese alejamiento del centro, esa situación "excéntrica", ese escribir denso y esencial, escuchando la música vibrante que surge y crea "formas invisibles", no implica irrealidad, ni tampoco ficción: "La poesía no es literatura", afirma. "La literatura es ficción, la poesía es realidad. No necesita ser realista porque es una realidad en sí misma: se desprende de nuestro sufrimiento, de nuestro placer, forma parte de nosotros como nuestros sueños". Para los que quieran saber más sobre su poesía, Gamoneda aconseja el fragmento de *Descripción de la mentira* (1977) que se publica aquí debajo.

Descripción de la mentira

ANTONIO GAMONEDA

El óxido se posó en mi lengua como el sabor de una desaparición.
El olvido entró en mi lengua y no tuve otra conducta que el olvido,
y no acepté otro valor que la imposibilidad.
Como un barco calcificado en un país del que se ha retirado el mar,
escuché la rendición de mis huesos depositándose en el descanso;
escuché la huida de los insectos y la retracción de la sombra al ingresar
en lo que quedaba de mí;
escuché hasta que la verdad dejó de existir en el espacio y en mi espíritu,
y no pude resistir la perfección del silencio.
No creo en las invocaciones pero las invocaciones creen en mí: han
venido otra vez como líquenes inevitables.
La fermentación del verano se introduce en mi corazón y mis manos se
deslizan cansadas en la lentitud.
Vienen rostros sin proyectar sombra ni hacer crujir la sencillez del aire;
sin osamenta ni tránsito, como si consistieran únicamente en el contenido
de mis ojos, en la unidad de mis palabras, en el espesor de mis oídos.
Son obedientes y yo siento su reunión como una salud que se refugia en
la oscuridad.
Es una amistad dentro de mí mismo;
es un estambre urdido por manos que son suaves en el interior de los
días.

Ahora es verano y me proveo de alquitranses y espigas y lápices iniciados
y las sentencias suben hacia las cámulas de mis oídos.
He salido de la habitación obstinada.
Puedo hallar leche en frutos abandonados y escuchar llanto en un
hospital vacío.
La prosperidad de mi lengua se revela en cuanto fue olvidado durante
mucho tiempo y sin embargo visitado por las aguas.
Éste es un año de cansancio. Verdaderamente es un año muy viejo.
Éste es el año de la necesidad.
Durante quinientas semanas he estado ausente de mis designios, depositado
en nódulos y silencioso hasta la maldición.
Mientras tanto la tortura ha pactado con las palabras.
Ahora un rostro sonríe y su sonrisa se deposita en mis labios,
y la advertencia de su música explica todas las pérdidas y me acompaña.
Habla de mí como una vibración de pájaros que hubiesen desaparecido
y retornasen;
habla de mí con labios que todavía responden a la dulzura de unos
párpados. (...).

Fragmento del poema *Descripción de la mentira* (1977) leído ayer por Gamoneda.

Folco Quilici narra el hallazgo de un barco fenicio en América

JACINTO ANTÓN, Barcelona
Una estatuilla fenicia hallada bajo el agua junto a una isla brasileña infestada de serpientes venenosas, aventureros submarinistas, intriga política, valerosos arqueólogos, periodistas sin escrúpulos. Con estos mimbres ha trenzado el popular escritor y cineasta italiano Folco Quilici (Ferrara, 1930) una auténtica institución en su país, conocido muy especialmente por sus premios documentales y sus investigaciones marinas, su última novela, *Las serpientes de Melqart* (Roca Editorial). El autor, que especula en su libro con que los navegantes fenicios llegaron a las costas americanas antes que los vikingos y Colón, señala que bajo el agua se esconden hoy los grandes tesoros arqueológicos. "La gran aventura de la arqueología recomienza en el mar", afirma Quilici, que dirige el ICRAM (Instituto para la Investigación Científica y Tecnológica aplicada al Mar) y aún, a sus 74 años, bucea habitualmente.

La novela de Quilici, un *thriller arqueológico* al estilo de los bien conocidos en España de Valerio Manfredi —por situar el género—, se abre con el naufragio de un navío fenicio que choca contra las rocas de una costa extraña. Más de dos mil años después, un equipo de prospección de minerales localiza bajo el mar, junto a la isla brasileña de Teimada, la pequeña estatuilla de bronce del dios Melqart que llevaba el barco en la proa. El personaje central de la aventura es un arqueólogo submarino, Marco Arnei, un Indiana Jones del mar protagonista de otras novelas anteriores de Quilici, en las que ha emprendido la búsqueda del gran calamar gigante o los restos del acorazado *Roma*. También aparecen personajes reales como el presidente Lula da Silva y especialistas en los fenicios como el desaparecido y añorado Sabatino Moscati o la catalana Maria Eugenia Aubet.

Arqueología submarina

"Fue trabajando con Moscati en la exposición de *I Fenici* en Venecia, para la que realicé el audiovisual y luego un filme, cuando tuve la idea de la novela", explica Quilici, un hombre afable y que irradia un entusiasmo contagioso por el mar y la arqueología. El escritor considera que hay indicios suficientes, entre ellos la inscripción de Paraiba —pese a que se la ha tachado de falsificación—, para tener en cuenta la hipótesis de la llegada de los fenicios a América. "Quien sabe algo de la navegación a vela comprende que no habría nada de extraordinario en que los vientos hubieran empujado algún barco fenicio —de los que sabemos que exploraron la costa atlántica de África y subieron hacia Bretaña en busca de estaño— hasta América", reflexiona Quilici, del que Ediciones B publicó un libro sobre Mike Angel, el legendario piloto del Salto del Ángel en Canaima (Venezuela). "Decir que los fenicios llegaron, involuntariamente, a América no es hacer fantasía". Para Quilici, la arqueología submarina es una ciencia extraordinaria y va a proporcionar grandes avances en la investigación del pasado. "El mar es una reserva arqueológica enorme, y al tiempo un medio en el que —a diferencia de la tierra— aún es posible vivir grandes aventuras".